

DE LA POSGUERRA FRÍA A LA MULTIPOLARIDAD *

The post-war cold to multipolarity

Alejandra Ripoll**

Rafat Ghotme***

Universidad Militar Nueva Granada. Bogotá D. C.

Recepción: 13 de octubre de 2015. Aceptación 28 de noviembre de 2015.

DOI:<http://dx.doi.org/10.21017/Rev.Repub.2016.v20.a7>

RESUMEN

Con el fin de la Guerra Fría se termina la bipolaridad, lo que representó un reto para las potencias del sistema internacional y sus zonas de influencia. Surgió un sistema unipolar, en cabeza de Estados Unidos, el que debía no solo consolidarse, sino buscar mecanismos de legitimación, para que su hegemonía no fuera desafiada. Tras veinticinco años del fin de la Guerra Fría, predomina una multipolaridad en la que se requiere poder blando y duro para mantener posiciones ventajosas en el juego del poder, dado que la rivalidad internacional persiste. A través de fuentes primarias se intentará resolver el problema de investigación que es identificar las nuevas formas de aumentar y mantener el dominio de las potencias, frente a las barreras estructurales como la nueva distribución de poder, el aparente debilitamiento de los elementos clásicos del equilibrio y la aparición de actores no estatales que lo retan.

Finalmente, a manera de conclusión, se afirma que el aumento de la cuota de poder internacional aún es una constante en los objetivos nacionales y los

* Este artículo es producto del trabajo de investigación: El poder en el sistema internacional contemporáneo. Código ees-311/09. Pertenece al grupo de investigación Estudios Internacionales y Políticos, línea Relaciones Internacionales de la Universidad Militar Nueva Granada (UMNG).

** Docente asociada del programa de la Facultad de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad de la Universidad Militar Nueva Granada. Magíster en Relaciones Internacionales de la Pontificia Universidad Javeriana. Correo electrónico: alejandra.ripoll@unimilitar.edu.co

*** Candidato a doctor en Historia Política Comparada. Magíster en Historia. Licenciado en Relaciones Internacionales. Profesor asociado e investigador de la Facultad de Relaciones Internacionales de la Universidad Militar Nueva Granada. Investigador del Centro Colombiano de Estudios Árabes. Correo electrónico: rafat.ghotme@unimilitar.edu.co

instrumentos para alcanzarlo continúan siendo los clásicos: el poderío militar y económico.

Palabras clave: Posguerra Fría, multipolaridad, interdependencia, intereses nacionales, prevalencia estatal.

ABSTRACT

With the end of the Cold War, bipolarity is finished, which represented a challenge to the powers of the international system and their areas of influence. A unipolar system emerged, headed by the US, which would not only consolidate itself, but also seek a legitimation mechanism so that its hegemony would be unchallenged. After twenty-five years of the end of the Cold War, prevails a multipolarity situation that requires soft and hard power to maintain advantageous positions in the control game, given that the international rivalry persists. Through primary sources, it will be attempted to solve the problem of research, which is to identify the new ways to increase and maintain the dominance of the major powers, facing structural barriers such as the new distribution of power, the apparent weakening of the classic elements of balance and the emergence of non-state actors that challenge it.

Finally, in conclusion, it is stated that the increase in the share of international power is still a constant in national objectives and the instruments to achieve it, remain the classic ones: military and economic power.

Keywords: Cold Postwar era, multipolarity, interdependence, national interests, national prevalence.

INTRODUCCIÓN

Uno de los períodos más estables para el sistema internacional fue lo que se conoce como Guerra Fría, que «fue un estado de tensión permanente, primero entre las superpotencias y luego entre los dos bloques liderados por ellas, que no provocó un conflicto directo ante el peligro de destrucción mutua y asegurada por la utilización de las armas nucleares» (Pereira, 2001: 249).

Ese enfrentamiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética se caracterizó, entre otras, por una carrera armamentista donde la aparición de la era atómica y de las armas de destrucción masiva tuvieron profundas consecuencias en la política mundial (Mandelbaum, 1981: 314), además de una abierta y prolongada disputa ideológica.

El Fin de la Guerra Fría dio por terminado ese largo período de lucha ideológica en la política internacional entre las grandes potencias del siglo XX, que tenían visiones políticas, sociales y económicas diferentes. Como consecuencia, altera el sistema internacional por el triple colapso: caída del comunismo como ideología, de la Unión Soviética como potencia europea y de la URSS como estado unitario (Cox, 1994: 87).

El sistema internacional pasa de ser bipolar a multipolar en cuanto a poder y unipolar en materia económica y militar en cabeza de Estados Unidos. Esto implica que entran nuevos jugadores a la escena internacional, lo que necesariamente conduce a la reacomodación a un Nuevo Orden Mundial internacional en el siglo XXI.

Este artículo tiene como objetivo identificar los retos que tuvieron Estados Unidos, Rusia, Japón, la Unión Europea y China en ese nuevo escenario que llevó a un juego de readaptación y qué acciones ejercen los Estados en política exterior, tras veinticinco años del fin de la Guerra Fría, para aumentar la cuota de poder internacional, que se encuentra polarizado y desafiado por actores estatales y no estatales.

Para demostrar este objetivo primero se apelará a la teoría neorrealista con el fin de explicar el porqué del cambio en la estructura representó un reto para Estados Unidos, Rusia, Japón, China y la Unión Europea. Segundo, se realizará un breve repaso del comportamiento en política exterior de las potencias mencionadas. Tercero, se identificarán situaciones que demuestran la polarización del poder y lo difícil que se torna para los Estados evitar que los desafíen. Finalmente, a manera de conclusión, se afirmará que el aumento de la cuota de poder estatal aún es una constante en los objetivos nacionales y los instrumentos para alcanzarlo continúan siendo los clásicos: el poderío militar y económico.

PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

El poder es el medio que los Estados históricamente han utilizado para consolidar su posición en el sistema internacional y lograr el equilibrio. Por tal razón, es una prioridad estatal aumentar su cuota de poder internacional.

Sin embargo, después de la Guerra Fría existían barreras estructurales que alteraban la forma de monopolizar el poder; por tanto, el actuar del Estado debía cambiar. Uno de los grandes problemas que afrontó el sistema y afronta actualmente es que la fortaleza del poder no solo se mide con poder duro, sino con poder blando.

Esta situación se torna problemática porque lo conocido es intentar frenar racionalmente el crecimiento del otro, pero el equilibrio blando tiende a desafiar el orden en la anarquía.

Este proceso demuestra que la manera clásica de consecución de poder se debilitó y se puso en jaque a las potencias. Las nuevas diligencias para acumular poder son tan variadas y difíciles de establecer que es por ello que se realiza este trabajo.

ESTRATEGIA METODOLÓGICA UTILIZADA

Sobre el problema central del presente trabajo se desarrolló una investigación explicativa para describir las nuevas formas que utilizan los Estados para acumular poder y explicar el porqué de ese cambio. Fundamentalmente, se indagó en fuentes secundarias para observar la respuesta de los actores estatales después de la Guerra Fría, frente al desafío que supone obtener mayor cuota de poder internacional en un sistema que pasa de la bipolaridad a la multipolaridad como variable causal.

RESULTADOS

Marco teórico

El comportamiento de los Estados está limitado o constreñido por la estructura; según Waltz (1988: 120), esto explica por qué las potencias cambiaron su forma de actuar después de la caída del muro de Berlín. La rapidez con que ocurrieron los hechos repercutió en el contexto internacional, convirtiéndose en el reto más grande para los teóricos de las relaciones internacionales, porque ni los realistas, ni los institucionalistas, ni los investigadores de paz pudieron anticipar el cambio. La explicación de esta falla, en palabras de Lebow y Risse, es que «los cambios radicales y sus consecuencias en política son casi siempre imposibles de prever» (Lebow, 1995: 1-2).

Independientemente de que los neorrealistas tuvieron una deficiencia explicativa en el sentido de no tomar en consideración la política interna de la Unión Soviética, materializados en la Perestroika y el Glasnot, esta teoría sigue siendo de importancia fundamental para entender el cambio sistémico (Mearsheimer, 2001:500-560).

Estas estrategias implementadas por Mijail Gorbachov tuvieron como objetivo reparar las fallas del sistema político y económico de la Unión Soviética.

En consecuencia, lograron una respuesta benigna de Occidente, lo que naturalmente transformó el sistema internacional y, por ende, el quehacer de la política exterior de los diversos gobiernos, razones por las cuales, entre otras, pusieron fin al conflicto Este-Oeste.

En este sentido, se planteó otra discusión a nivel teórico, que giró en torno a establecer cuál fue el cambio crítico: si el fin de la bipolaridad o el fin del conflicto Este-Oeste. Es claro que ambos ocurrieron simultáneamente, ya que no se puede divorciar el uno del otro. El hecho que de la distribución de poder no esté concentrada en dos bloques de poder, sino en la unipolaridad estadounidense, permitió que el nivel de tensión y conflictividad entre las grandes potencias se redujera considerablemente, sin asegurar que estas terminen definitivamente, porque el fin de la Guerra Fría llevó a una etapa de incertidumbre en que los intereses nacionales gravitan y, por tanto, generan choques.

En los últimos años, como se demostrará, la distribución de poder no ha cambiado; sin embargo, han surgido nuevos desafíos para las potencias, como los nuevos patrones de seguridad, a pesar del menor grado de división ideológica. Entre ellos el dominio de los complejos de seguridad liderados por las potencias económicas y el fortalecimiento de la sociedad internacional (Buzan, jul. 1991: 434-438). En otras palabras, conocido como el equilibrio blando que, según la mayoría de la literatura, tiende a minar el dominio hegemónico. Este hallazgo que va acompañado de otra serie de situaciones, en las que se enfatiza que imponer y mantener el control no es tan fácil, permite concluir que por ahora no es suficiente para que haya un cambio en la estructura de poder, porque Estados Unidos aún conserva ventajas que los otros competidores no tienen.

Estados Unidos

En sus inicios la política exterior de Estados Unidos fue neutral en términos de alianza y se orientó a mantener una política de alcance regional (Pearson y Rochester: 2000: 123), con un dualismo que se ha reflejado siempre entre lo idealista y lo realista. No obstante, en tiempos más recientes se puede demostrar que el tono ha cambiado, pero persiste la estrategia. El discurso de Bush del 17 de marzo de 2003, en el que le exigió a Hussein que abandonara el poder en 48 horas, porque el pueblo iraquí merecía obtener la libertad; sin embargo, a reglón seguido le advirtió que si hacía caso omiso se desataría un conflicto militar.

Otra característica de la política exterior estadounidense son sus imperativos básicos que manifestaron la excepcionalidad norteamericana. Con ella pretendían asegurar el dominio global, sin rivalidad de ningún otro Estado. Es por

eso que a mediados del siglo XX, cuando competía por el poder con la Unión Soviética, a pesar de que fueron aliados en la Segunda Guerra Mundial, surgió una gran carrera en la no se veían con buenos ojos el uno al otro (Pearson: 2000: 127).

A finales de los ochenta, con la retirada de las tropas soviéticas de Afganistán y de las vietnamitas de Camboya, con la caída del muro de Berlín y con la democratización de las naciones independizadas de Europa Oriental, era evidente que la Guerra Fría había terminado. La disputa ideológica había cesado, lo que ponía de manifiesto el fracaso del modelo comunista y la nueva posición de Estados Unidos como la única potencia militar con una gran capacidad para ejercer el poder.

Este Nuevo Orden Internacional democrático y cooperativo presenta un reto para la política exterior norteamericana por ser un sistema hegemónico liderado por él, donde la globalización juega un papel importante y la creciente interdependencia. El activismo global que identificó los intereses de los Estados Unidos en todas las esquinas del mundo (Howard y Lana, 2000: 15) lo lleva a un cambio en la política doméstica, sobre todo en la toma de decisiones que se vuelca pluralista donde las alianzas políticas, grupos de interés e instituciones gubernamentales forman la sociedad norteamericana y ayudan a moldear la política exterior. La vinculación de estos actores se manifiesta en varias oportunidades; por ejemplo, el 74% de los estadounidenses y los líderes demócratas y republicanos del Congreso apoyaron los bombardeos contra posiciones del Estado Islámico, según una encuesta elaborada por el Washington Post y ABC News.

A raíz del fenómeno de la globalización la trascendencia y la penetración del poder estadounidense en todo el mundo es algo sin precedente. Tiene control sobre gran parte del globo manejando los aspectos económicos, militares y tecnológicos y teniendo una influencia en el campo cultural, instituyéndose como modelo para las juventudes de muchas partes del planeta o, como diría Braudel, «puede ser que la globalización económica esté provocando nuevas conceptualizaciones de la identidad, bajo nuevas afiliaciones transnacionales y supranacionales» (1997: 11). En este punto no hay duda de que el modelo norteamericano ha traspasado las fronteras y ha permeado hasta las sociedades más tradicionalistas, como es el caso de la juventud japonesa.

En lo político el reto más complejo que se le presenta es justificar el uso de la fuerza frente a causas humanitarias. La movilización del poder militar se debe a que después de la Guerra Fría su capacidad armamentista quedó intacta, además de que logró el consenso internacional y doméstico. Por tales razones, Estados Unidos está más dispuesto a recurrir a la fuerza para defender sus

intereses o los del sistema en el que ocupa una posición hegemónica (Peñas, 1997:232). A pesar del consenso internacional conseguido, las cosas no siempre se tornan fáciles. El concepto de Estado soberano que ha tenido éxito como producto exportable en muchas partes del mundo por parte de Estados Unidos, dentro de esta nueva dinámica debería tener en cuenta que la extensión del sistema occidental proporciona algo de orden temporal, pero no garantiza justicia. El mundo cambió con el fin de la Guerra Fría, «contará con gran profusión de antagonismos étnicos, nacionales, religiosos, económicos y culturales» (Huntington, 1993: 102); por lo tanto, crea focos de resistencia, como el surgimiento del socialismo del siglo XXI, promulgado por el extinto expresidente venezolano Hugo Chaves, que se diseminó en varios Estados latinoamericanos.

Igualmente, el desarrollo de algunas de las regiones asiáticas en el campo militar y económico, como la China. En ese sentido, se hace imperativo para la política exterior estadounidense identificar a los ejes geopolíticos euroasiáticos, por ser un aspecto decisivo para la geoestrategia global de Washington.

El terrorismo internacional, que sacudió el orgullo militar de los estadounidenses el 11 de septiembre de 2001, motivó un cambio en el punto de vista estratégico incluyendo en su bitácora a la guerra irregular.

A más de dos décadas, Estados Unidos intenta recuperar y restablecer nuevamente su imagen con el discurso contraterrorista de Bush y continuado por Obama. Persiste en usar o amenazar con el uso de la fuerza bajo discurso humanitario y de justicia como lo hizo en años pasados: en 1986 el bombardeo de Libia, mediante la operación el Dorado Canyon, y en el 1989 a Panamá con la operación Causa Justa.

En el aspecto económico también sale bien librado. Según el informe 2014 del FMI, Estados Unidos mantiene el poderío económico con un PIB superior a 15 billones de dólares; igualmente conserva su influencia política a pesar de las críticas de algunos gobiernos, como sucedió con la presidenta Dilma Rousseff del Brasil en 2012, que canceló su visita a Estados Unidos, por no estar de acuerdo con sus tareas de espionaje. Sin embargo, Rousseff hizo esfuerzos por retomar sus relaciones con Washington.

En esa misma dirección, en unos de los programas radiales «En contacto con Maduro», el presidente venezolano expresó que no está de acuerdo con las acciones de bloqueo económico de Estados Unidos; sin embargo, en el mismo discurso insistió en que su Gobierno solo quiere relaciones de respeto y paz con Estados Unidos y recordó que ya nombró como embajador a Maximilian Arveláiz, que en su momento solo esperaba recibir el beneplácito por parte de

Washington. Esto implica que quieren tener de cerca al hegemon, bajo una premisa soberanista, como ocurre también con el gobierno de la Revolución Ciudadana de Correa.

En conclusión, Estados Unidos mantiene ventajas que lo blindan para que otros poderes no lo desafíen abiertamente, como el poder militar que históricamente es el que ha provocado cambios en la estructura.

Rusia

Como se expuso antes, uno de los protagonistas de la Guerra Fría fue la Unión Soviética. A finales del siglo XIX con una cantidad significativa de clase media acomodada y clase obrera se convirtió y se estableció como el poder más grande territorial euro-asiático. A principios del siglo XX cambia a un gobierno comunista y después de la II Guerra Mundial ya promulgaba con un alcance más amplio un contramodelo a la democracia «que ofrecía llegar a los mismo logros [...] mediante la organización, la autoridad e incluso el terror, es decir, mediante la reculturización planificada» (Von, 1987: 224). Con el paso de los años el método del terror hacia la población civil, las ansias de libertad de la misma población y la penetración oculta del mercado capitalista agotaron el modelo comunista, lo que conllevó y contribuyó al colapso de la URSS. También las sociedades que la componían se encontraron con la modernidad, nuevas propuestas que las llevaron, según Snyder, a la modernización tardía, que no les permitió innovar y creó una clase media más educada, urbanizada y altamente insatisfecha (1997: 7).

Entonces, esos cambios, tanto en lo doméstico, como en su política exterior, incidieron en la disolución de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas en 1991. Igualmente, el colapso económico de los Estados que componían la URSS se evidenció en la caída en el mercado mundial de la experiencia del socialismo.

No obstante, la transición al nuevo sistema fue gravosa, no solo por el problema de las instituciones y el paso de un sistema económico a otro, sino por la inexistencia de fuerzas sociales que soportaran las nuevas relaciones económicas y políticas (Popov, 1991: 141).

Rusia, en los primeros años del siglo XXI, se encontraba en una etapa de transición no solo por los enclaves autoritarios de su pasado a nivel institucional, sino por la economía precaria que le dejó el viejo sistema. Según el Banco estaba muy por debajo de Estados Unidos. Rusia contaba con un PIB de 520 millones y Estados Unidos con 5.700 millones aproximadamente. El caos a nivel económico era grande y mientras se superara se podrían vencer también las dificultades para empezar las prácticas democráticas vigorosas (Popov, 1991:

141). A pesar de haberse logrado derrotar el sistema comunista, existía el temor de que algunos grupos quisieran volver al antiguo régimen y que perduraba porque existía «una cultura o mentalidad no democrática generalizada» (Garretón, 1991: 28) que hacía difícil ordenar a la Rusia de Putin, en lo político. Entonces se deberían enfrentar varios problemas: uno de tantos era que el proceso de democratización en los países comunistas tenía origen en la presión exterior, lo que dificultaba afianzarla; al contrario de lo que ocurrió en América Latina y Europa del Sur, que fueron fruto de procesos nacionales. Igualmente, los regímenes comunistas fueron producto de la imposición exterior, hecha posible por la ocupación soviética tras la II Guerra Mundial; por lo tanto, el paso a la democracia es consecuencia de la «finalización del apoyo exterior soviético» (González, 1995: 9).

El factor económico fue determinante para la adaptación de Rusia desde que entró a esa nueva fase de Posguerra Fría. En ese desorden en que se encontraba debía buscar sus amarros como gran poder (Clark, 2002: 53) para encontrar esa Rusia nacional que pudiera sacar su proyecto de transformación política y económica adelante. Otro factor de cambio y adaptación fue el comportamiento en política exterior; su posición fue –como la de Japón después de la derrota de la Segunda Guerra Mundial– pacifista, por estar más interesada en mantener sus reformas democráticas y de mercado, que ser un actor activista. Según Clark la dirección de la política exterior rusa debía esperar que se constituyera en un Estado fuerte para entrar en la escena internacional y volverse un gran poder como fue en épocas pasadas (2001: 65).

A un cuarto de siglo de haberse terminado la Guerra Fría, el autoritarismo ruso mantiene sus ansias de disputarle y desafiar el poder a su rival en dicha guerra. La amistad que mantiene con países de ala izquierda es un detonante que aumenta las fricciones con el coloso del Norte. Sin embargo, hay serios indicios de acercamientos entre estas potencias como la firma del START III en 2010 con los Estados Unidos, lo que mantiene un equilibrio en el sistema internacional. En materia de política interna, el régimen de gobierno a pesar de su autoritarismo goza de aceptación, lo que produce estabilidad doméstica.

Desde el 2009 ha demostrado síntomas de una recuperación económica importante, impulsada por el alza de precios de los hidrocarburos y sus reservas de gas y petróleo, lo que lo catapulta a tener una posición que ayuda a delinear la multipolaridad del sistema internacional.

Japón

Dos años después de iniciada la II Guerra Mundial «las fuerzas japonesas se lanzan en forma temeraria» (García, 2001: 46) para conquistar el Pacífico

occidental. La campaña en principio fue exitosa, pero luego fue derrotado por las fuerzas aliadas, saliendo como perdedor de esa cruenta guerra, tanto en lo económico como en lo militar. Entonces los japoneses llegaron a la conclusión de que la guerra no es el camino para lograr sus intereses nacionales y decidieron aislarse.

Durante el período de la Guerra Fría, Japón se dedicó a fortalecerse económicamente a través de la reindustrialización, combinando el modelo occidental con un marcado sesgo japonés; en otras palabras, se adaptó a las exigencias del mercado, sin abandonar su cultura (Scalapino, 2000). Entonces, su comportamiento en política exterior se vuelve totalmente pacifista y se dedica a la expansión mercantil, convirtiéndose en una potencia económica. Esa posición privilegiada permitió al Estado japonés dedicarse a su reestructuración interna y, así, lograr un alto nivel económico que le permitió brindar un excelente estado de bienestar para su población.

El punto clave que llevó a que el Estado japonés lograra esa estabilidad, además de pleno empleo y seguridad, fue la firma del tratado de seguridad con Estados Unidos, porque no invirtió un dólar, lo que le permitió que esos recursos se inyectaran al sector productivo.

Con el fin de la Guerra Fría el panorama cambia en Asia y de hecho afecta a Japón. Desde el punto de vista político se produce una estrecha relación con el concepto de seguridad, porque este tema se vuelve crucial y sensible, pues pasa de ser un problema global a uno regional. Entonces, se presenta una fragmentación en la estructura política establecida, soportada en tres pilares: partido político, sistema político y burocracia.

En lo económico enfrentó una fuerte recesión por la crisis financiera asiática, la baja del PIB, aumento en el déficit y otros factores de la economía interna. Estas situaciones tuvieron incidencia en lo social, como acrecimiento del desempleo y aumento de los índices de pobreza, convirtiéndose en una sociedad desigual.

Entonces, el reto para Japón es volver a convertirse en la potencia económica de otras épocas, aunque eso va a depender de sus condiciones domésticas, que lo ayudarían para constituirse no solo en potencia regional sino mundial. La burbuja económica de los noventa lo llevó a una crisis económica grande, que se mantuvo por largo tiempo; sin embargo, a principios del 2006 mostró claras señales de recuperación y de superar el estancamiento económico de esos últimos tiempos.

Con todo, en 2014, Japón ocupa el tercer lugar, en el ranking de la economía mundial según el informe de FMI, con un PIB cercano a los 6 billones.

Otro reto grande para los japoneses son los desastres naturales que son una situación fuerte de afrontar; los tsunamis de 2011 y 2013 dejaron pérdidas millonarias en infraestructuras y muchas vidas, a pesar de poner la tecnología de punta para neutralizar los desafíos ambientales.

A nivel internacional, la situación se ha mantenido sin muchos cambios importantes; conserva relaciones tensas con Corea del Sur y China. Asimismo, está el permanente riesgo que se ha conservado, debido a la carrera armamentista de China, India, Pakistán y otros que lo hacen aún más vulnerable por estar en una zona que se considera caldo de cultivo para una guerra atómica, con el agravante de que con esos vecinos tiene antecedentes de un pasado tortuoso.

Igualmente, salvaguardar las relaciones estrechas que ha construido con Estados Unidos por prosperidad y seguridad bilateral, que ha sido un factor decisivo para la posición de Japón en el sistema internacional.

China

Al terminar la Guerra Fría, China seguía y sigue con su régimen comunista y con dificultades «para llegar a una democracia socialista y centralizada» (Anguiano, 1999:15); «pero la liberación ha emprendido un avance irreversible» (García, 2001: 59).

La política reformista Deng Xiaoping se frenó debido a la línea dura conservadora que quería mantener el *statu quo* y los simpatizantes de la democracia plural y representativa fueron perseguidos, encarcelados u obligados a salir del país. Los hechos de Tiananmen influyeron en las decisiones de los gobernantes chinos frenando las reformas económicas. Así que las potencias económicas suspendieron los intercambios comerciales con China. Por fortuna para la China Comunista a principios del 1992, Japón y los países de la Unión Europea retomaron los negocios con ella; por tal razón, Washington tuvo que hacerlo también, ante el temor de verse desplazado del gran mercado chino.

En la década de los noventa varias organizaciones, como el Departamento de Estado de los Estados Unidos, Human Rights Watch y Amnistía Internacional, la cuestionaron por la violación sistemática de los derechos humanos, especialmente por la falta de libertad de expresión, movimiento y religión de la población. A estas acusaciones los chinos responden que aceptan que hay algunas fallas en el sistema pero están mejorando.

Por otro lado y debido a su crecimiento económico y militar, tiene mayores presiones en cuanto a medio ambiente, crecimiento de la población, diferencias

en el nivel de vida entre las diferentes regiones del país y la administración eficiente en las empresas del Estado.

A pesar de las acusaciones de derechos humanos y el aumento de la presión socioeconómica, internacionalmente ha ganado reconocimiento universal y se ha constituido como potencia regional y mundial. Sin embargo, no se puede garantizar que el desarrollo de China siga enmarcado en un ambiente pacífico como ha sido hasta ahora y que ha caracterizado la sucesión de los dirigentes chinos, porque los nuevos líderes se enfrentan al reto de responder a las necesidades de la nueva China.

Esa nueva China busca la compatibilidad entre nacionalismo y modernización que se convierte en la base de la política exterior China, con repercusiones mundiales y regionales. En consecuencia, regionalmente se hará más fuerte, con una política de mayor integración económica a través de mecanismos de cooperación. Sin embargo, ese liderazgo, se logrará en el caso que Rusia y Estados Unidos de América asuman perfiles más bajos.

Además hay que tener en cuenta la afirmación de varios autores como Pio García que dicen que en el continente amarillo no ha terminado la Guerra Fría; por esa razón la China le da más importancia a la seguridad que a la oportunidad económica (Quansheng, 1999: 66), en virtud a la capacidad militar que han desarrollado sus vecinos indios, pakistaníes y la propia Federación Rusa, que tienen armamento nuclear y pueden desequilibrar la región. China, unida a Japón a pesar de sus rivalidades, puede lograr la estabilidad de Corea y ayudar a la recuperación económica de la región con mayor autonomía respecto a los poderes occidentales.

En este sentido, Estados Unidos juega un papel importante en estas relaciones de poder, porque tiene interés en mantener el balance en Asia Pacífico (Quansheng, 1999:41), por lo que sigue comprometiéndose con Beijing; pero las cosas no se le tornan tan simples porque algunos sectores de Estados Unidos proponen que se trate a China como a la Unión Soviética en época de Guerra Fría por el régimen comunista que mantiene y por la violación sistemática a los derechos humanos; pero Washington comprende que «sería mejor la cooperación por el papel que juega China en lo global» (García, 2001: 90).

Tras veinticinco años del fin de la Guerra Fría, la corrupción y la inequidad son problemas sistémicos difíciles de superar, que producen resentimiento en la población en razón a que existen zonas costeras que tienen mejores niveles de vida, crecimiento en los servicios y mayor industrialización, mientras que otras zonas como los desiertos están lejos de mejorar el nivel de

vida. Esas desigualdades provocan y terminan en revueltas como las de 2008 y 2009 en Tibet y Sinkiang. Estas semillas de subversión han germinado, lo que ha complicado la gobernanza y ha restado el control que históricamente ha mantenido el partido. A pesar de ello, el gobierno ha reaccionado rápidamente y ha protegido el *statu quo* interno, sin mucha oposición, debido a que la nación ha estado sometida durante mucho tiempo a reglamentaciones que limitan todo tipo de libertades y derechos como la natalidad y el establecimiento del lugar donde deben vivir, dónde deben estudiar, etc. Bajo esas normas de comportamiento, difícilmente cambian sus acciones o se oponen al régimen.

Aparte del factor político y social, económicamente, ocupa un honroso segundo puesto, con un PIB de más de 8 billones de dólares, según el FMI. A pesar de esta riqueza, la crisis de la economía mundial los golpeó duramente, en el quinquenio pasado, pero pudo mantener una baja inflación y un crecimiento económico constante.

Este segundo puesto le permite un activismo en política internacional a través de la cooperación internacional, también ocupar el mismo puesto en consumo de petróleo, además de haberse convertido en la tercera potencia exportadora del planeta en bienes y servicios.

Con todas estas ventajas y a pesar de que China actualmente es considerada una potencia militar, aún no se ha atrevido a desafiar a Estados Unidos, porque es consciente de sus limitaciones; en ese sentido ha preferido optar por una actitud «neutral» en el frente occidental liderado por Estados Unidos y en la reorganización político-militar del mundo y especialmente en la lucha contra el terrorismo (Domenach, 2009; Cypel, 2009: 35). Más aún, junto a Moscú prepara para presentar a la ONU un proyecto de la resolución denominada «Medidas de transparencia y confianza en las actividades espaciales», que contempla prohibir el despliegue de armas en el espacio exterior. Esto demuestra la intención de no ir a una confrontación militar directa, aunque aumenta considerablemente la tensión, si se tiene en cuenta la alianza militar que los Estados Unidos tienen con Japón, un rival histórico de China.

Unión Europea

Una de las características para destacar PosGuerra Fría era la unificación de Europa. Era importante «porque probablemente pondría fin a las guerras milenarias entre las potencias europeas» (Castel, 2001: 24). El proceso de unificación se debe a una sucesión de proyectos políticos con intereses comunes de los Estados-nación europeos, como obtener estatus de polo de poder por tener un puesto importante en el capitalismo mundial.

Con el proceso de la integración europea cambia la estructura del sistema internacional, porque evita que predomine una superpotencia hegemónica, pese a que Estados Unidos en ese momento ostentaba el poder militar y tecnológico, lo que se evidenciaba en el rubro de seguridad y defensa.

Europa había mantenido una posición moderada acerca de la supranacionalidad política, pero los eventos de 1989 la presionaron a tomar nuevas medidas y apuntar a la integración económica y política debido al nuevo contexto geopolítico. En el ámbito de la política comenzaron a tener prioridad las decisiones supranacionales sobre las nacionales en diferentes temas como: la infraestructura, el medio ambiente, la tecnología, la educación y otros, pero en política exterior, seguridad y defensa ha habido mucha indecisión.

El desafío de la Unión Europea era crear políticas exteriores comunes en diversas áreas porque no se había podido consolidar como tal, a pesar de que se había avanzado y que la cooperación se había facilitado entre los Estados. Gracias a los lazos de amistad de la Posguerra Fría entre Alemania, Gran Bretaña y Francia aún queda mucho por hacer entre ellos. Llegar a un acuerdo en lo que respecta a la seguridad estatal es uno de los puntos neurálgicos y en el que falla el intento de integración. Todo esto los ha obligado a pasar de ser un objetivo de política exterior a ser un actor de política exterior (Sperling, 2000: 129-137).

No obstante, a pesar de lo avanzado del proceso, a la Unión Europea le falta mucho más para hablar de una verdadera Unificación; llegará a esa meta cuando tome decisiones como Estado y lo considere desde el punto de vista de costos políticos (Sperling, 2000: 144) y converjan los países miembros en una sola visión.

Hobsbawm afirma que para el siglo XXI tendrá que enfrentar tres problemas que están empeorando: uno que se desprende del capitalismo, que es la ampliación de la brecha entre el mundo rico y el pobre; el aumento del racismo y la xenofobia; y por último la crisis ecológica; y agrega que tendrá que enfrentar a corto plazo la inestabilidad europea, de los sistemas políticos y la mundial (1992: 135).

En definitiva, la Unión Europea no ha logrado incorporar a todos los ciudadanos, lo que es muy importante para legitimar el proceso de unificación, para conseguir mayores resultados. Pero una de las metas por conquistar e indispensable es definir una identidad proponiendo o adaptando un marco institucional y político europeo. En el camino hacia una unidad política se encuentra entre dos propuestas: la alemana con un sistema institucional integrado y el modelo francés o «Jospin» que propugna por una Federación de Estados-nación. En todo caso una proposición

consensuada donde haya verdadero compromiso, por parte de todos los miembros, de sacar el proyecto político adelante cediendo intereses individuales por los colectivos, será la clave del éxito para cumplir el sueño de una sola Europa.

Tras veinticinco años del fin de la Guerra Fría, este proyecto ha pasado por una crisis económica, que viene desde el 2007; la persistente divergencia entre nacionalismo, europeísmo y unionismo gravita en las relaciones de la Unión, lo que ha complicado el andamiaje del proyecto. Ese hecho no ha permitido que se consolide ese polo de poder, a pesar del Tratado de Lisboa. Sin embargo, la Política Exterior y de Seguridad Común (PESC) le ha permitido actuar independientemente en la escena internacional con la estrategia del multilateralismo, que le permite ocupar un puesto importante en el tema de la gobernanza mundial, no solo porque se ha convertido en un gran exportador de armas, sino que desafía a los grandes poderes del sistema internacional: a China con aranceles a paneles solares, a Rusia amenazándolo con imponerle sanciones económicas. Con todo, las últimas declaraciones de la comisión de Asuntos Exteriores del Parlamento Europeo insisten en mantener el diálogo con esos grandes poderes y, lo principal, ser un Estado unitario, como es su homólogo estadounidense.

CONCLUSIONES

Las relaciones entre Estados Unidos, Rusia, Japón, China y la Unión Europea, después de un cuarto de siglo tras la finalización de la Guerra Fría continúan siendo, por naturaleza, complejas y siempre variables, como lo afirmó Sato en 1991 (97).

No se podría decir que las interacciones en el sistema internacional estén definidas; por el contrario, se encuentra en una constante evolución, en la que muchas e importantes unidades del sistema están en descomposición, en proceso de fragmentación o en crisis abierta. Se ha pasado de una etapa de relativa estabilidad a unas relaciones internacionales menos estables, debido al paso de un mundo bipolar a uno multipolar. El número de jugadores activos se ha incrementado, lo hace menos fácil actuar y, en consecuencia, conseguir lo que se quiere a costos aceptables.

Sin embargo, los cambios en el sistema internacional actual los podemos resumir en la extensión del concepto y práctica de Estado-Nación a todo el globo, desafiado por el mercado, una economía global y actores no estatales.

La globalización y la consiguiente transformación de la economía es un hecho que ha incidido sustancialmente en la readaptación de los diferentes actores.

Luego, los conceptos de guerra y Estado han cambiado, lo que ha obligado a los diferentes Estados a replantear los temas de la agenda como: el narcotráfico, problemas medioambientales y los derechos humanos, entre otros. Esto conduce, a su vez, a que se redefina el concepto de seguridad, porque los Estados tienen como objetivo mantener un balance de poder conveniente para sí. En otras palabras, el cambio radica en las nuevas formas de conseguir el aumento de la cuota de poder y enfrentar el equilibrio blando, en medio de una rivalidad en la que aumentan los jugadores, pero con la permanencia del Estado como actor relevante.

En ese orden de ideas, Estados Unidos, Rusia, Japón, China y la Unión Europea se enfrentan a nuevos desafíos, porque el número de amenazas ha incrementado haciendo más vulnerables a estas potencias. El poder, ese recurso escaso en el sistema internacional, se ha transformado a tal punto que con cantidades pequeñas se logra desafiar hasta al más fuerte. En ese sentido, el terrorismo internacional lo demuestra con los hechos del 9-11 en que Al Qaeda ataca a los Estados Unidos. Esto hace más difícil afianzar su poder e influencia en el sistema internacional, porque se ha polarizado en manos de actores no estatales y estatales, con menor poder relativo.

La resultante es un modelo del equilibrio de poder clásico, en el que Estados Unidos continúa siendo la superpotencia militar global, y con influencia política, no solo en Occidente, sino en Asia Pacífico, en las que éstas se acomodan porque los costos se minimizan, mientras que otras potencias, como las emergentes, dominan en sus zonas de influencia directa. No hay duda de que hay una creciente interdependencia, pero la competencia por los intereses nacionales excluyentes con respecto a otros Estados es una constante en las relaciones internacionales que confirma la anarquía y la necesidad de aumentar la cuota de poder.

REFERENCIAS

- AGENCIA DE COMUNICACIÓN INTERNACIONAL (1997). *Embajada de los Estados Unidos en Colombia. La Era de la Expansión y la Reforma*. Alianza Universidad.
- ANGUIANO, E. (septiembre 1999). Medio siglo de vida de la República Popular China: Nueva historia milenaria. Conferencia.
- BARNETT, A. D. (1977). *China and the Major Powers in East. Asia*. Washington, D. C.: Brookings Institution.
- CASTEL, M. (octubre-diciembre 2001). La Globalización en Europa. En: *Contravía*.

- CYPEL, S. (2009). Obama, del hard power al soft power. En Bertrand, B. & Dominique, V. (dirs.), *El Estado del Mundo. Anuario económico y geopolítico mundial, 2010*. (34-38). Madrid: Akal. [[Links](#)]
- CLARK, W. Russia's Times of trouble. Louisiana State University. Citado por Steve Hook. (2002). *Comparative Foreign Policy: Adaptation Strategy of the Great and Emerging Powers*. London: Pearson Books.
- COX, M. (1994). Rethinking the End of the Cold War. *Review of International Studies*, vol. 2, nro. 2. En: Barbé, Esther.
- DOMENACH, J. (2009). Una China más poderosa y mejor integrada En Bertrand, B. & Sandrine, T. (dirs.), *El Estado del Mundo. Anuario económico y geopolítico mundial, 2010*. 39-43. Madrid: Akal. [[Links](#)]
- GARCÍA, P. (2001). *El regreso del Dragón*. Universidad Externado de Colombia.
- GARRETON, M. A. (enero-abril de 1991). La democracia entre dos épocas. *América Latina 1990. Revista Paraguaya de Sociología*, nro. 80
- GONZÁLEZ, C. (1995). *Algunos efectos políticos y teóricos de la crisis del Bloque Comunista y de su peculiar transición a la Democracia*. Zona Abierta.
- HELLEINER, E. (1997). *Reflexiones braudelianas sobre Globalización Económica*. Cambridge University.
- HOBSBAWN, E. (enero-junio de 1991). Adiós a todo eso. En *Historia Crítica*. Nro 6. Universidad de los Andes.
- HOWARD W. and Lana, W. (2000). New Challenges in U.S. Foreign Policy. En: Steve Hook. *Comparative Foreign Policy: Adaptation Strategy of the Great and Emerging Powers*. London: Pearson Books.
- HUNTINGTON, S. (1993). *El choque de civilizaciones*. Buenos Aires: Paidós.
- KRATOCHWILL, F. (1993). The Embarrassment of changes. En: Lebow, Richard. *International Relations theory and the end of the cold war*. New York: Columbia University Press.
- LEBOW, R. (2000). *International Relations theory and the end of the cold war*. New York: Columbia University.
- MANDELBAUM, M. (1981). *The Nuclear Revolution: International Politics Before and After Hiroshima*. New York: Cambridge University Press.

- MEARSHEIMER, J. J. (2001) *The Tragedy of Great Power Politics* New York: Norton.
- PEARSON F. y Rochester M. (2000). *Relaciones internacionales: situación global en el s. XXI*. Bogotá: Ed. McGraw-Hill.
- PEÑAS, F. J. (1997). *Occidentalización, Fin de la Guerra Fría y Relaciones Internacionales*. Madrid: Alianza
- PEREIRA, J. C. (2001). *Historia de las Relaciones Internacionales Contemporáneas*. Madrid: Ed. Ariel.
- PÉREZ, Brignoli H. (1994). *De la Posguerra a la Crisis*. Tomo V. Publicada por Flacso.
- POPOV, G. (octubre-diciembre 1991). *Ciencia Política, Revista Trimestral*, nro. 25.
- QUANSHENG, Z. (1999). *Modernization, Nationalism, and Regionalism in China*. American University. Citado por Steve Hook. *Comparative Foreign Policy: Adaptation Strategy of the Great and Emerging Powers*. London: Pearson Books.
- SATO, Z. (abril-junio 1991). *Estados Unidos y Japón en la Posguerra Fría*. *Ciencia Política* nro 23.
- SCALAPINO, R. (2000). *Japan's Economic Route to Power*. University of California at Berkely. Citado por Steve Hook. *Comparative Foreign Policy: Adaptation Strategy of the Great and Emerging Powers*. London: Pearson Books.
- SNYDER, R. (1997). *Behavior of the Government*. En: Lebow, Richard. *International Relations theory and the end of the cold war*. New York: Columbia University Press.
- SPERLING, J. (2000). *European Union Foreign Policy Still an Oxymoro*. Citado por Steve Hook. *Comparative Foreign Policy: Adaptation Strategy of the Great and Emerging Powers*. London: Pearson Books.
- VON, L. (1987). *The World Revolution of Westernization. The Twentieth Century in Global Perspective*. New York: Oxford University Press.
- WALTZ, K. (1988). *Teoría de la política internacional*. Buenos Aires: GEL.